



EN MURCIA: PLATERIA, 66 y 68

CASA EN CARTAGENA: MAYOR 33

ECO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE SU NOMBRE

DIRECTOR PROPIETARIO: RICARDO BLÁZQUEZ

Lo que puede la constancia

Hace muchos años, se editó en París un periódico ilustrado, cuya finalidad fué recoger fondos para acudir al remedio de los perjudicados por la horrosa inundación de Murcia en 1879.

En aquel periódico, que colaboraron las firmas prestigiosas de la intelectualidad europea, aparecieron también las firmas de los soberanos y príncipes de las casas reinantes, en aquel entonces, y la mayoría de esas firmas cerraban una sentencia, un aforismo o simplemente un elogio o una manifestación de viva simpatía, hacia los que habían tenido la humanitaria idea de confeccionar, con tales fines, el periódico.

Entre aquellas firmas había una, de un príncipe de Rumania avalando una sentencia muy lacónica, pero muy significativa.

La hemos recordado en alguna ocasión y la repetimos hoy, porque conviene no olvidarla: *Vincit vim virtus*—es decir: la virtud, la honorabilidad, la constancia vencen todos los obstáculos.

Y de esa gran verdad, puede dar testimonio el dueño del Bazar Murciano. Ha trabajado con esfuerzo, ha sido constante en sus afanes y desvelos y ha logrado con su honorabilidad, ganarse un nombre y mantenerlo contra las continuas asechanzas de esa fuerza avasalladora, que crean las circunstancias.

Y no se ha contentado con el crédito de su establecimiento, conseguido con esas excelentes dotes, sino que ideó el hacerlo por medio de un periódico y ese periódico se ha mantenido y se mantiene cada vez más atrayente y más ameno, porque Ricardo, ha conseguido recoger las firmas más valiosas en el mundo literario.

De una vez para otra, piensa siempre en una nueva adquisición y padece y sufre, como si le acaeciese la mayor contrariedad, el año que no puede conseguirlo.

Este modo ingenioso de su propaganda, ha llamado la atención de todo el mundo y, como la adquisición de un ejemplar del periódico es gratuita, le llueven al dueño del «Bazar Murciano» las demandas de los rincones más apartados de España y del extranjero.

La constancia, la asiduidad, el desvelo de Ricardo Blázquez, por su periódico, como por sus establecimientos, no podían quedar sin el premio correspondiente y ese premio lo ha obtenido este cariñoso amigo, en la satisfacción íntima que le proporciona, más que el reconocimiento y la proclamación pública de su éxito comercial, la espontaneidad, el cariño y la solicitud, con que los colaboradores de este periódico acuden a su amistoso requerimiento.

Ricardo, que sin merecerlo, me ha legado esta misión que en otro tiempo desempeñó el maestro Tornel, me encarga haga constar este extremo y yo cumplo muy gustoso el encargo, recordando a la vez, que como dice ese adagio trascrito, nada hay que se resista a la bondad de este hombre.

NICOLÁS ORTEGA

NIÑEZ ETERNA

(Pensamiento de F. Bataille)

¿Quién no ha visto a una niña,
flor de ternura,
jugar entusiasmada
con su muñeca?
¿Quién no la vió vestirla
y engalanarla
cubriéndola de besos,
cual madre buena?

¿Quién no gozó escuchando
los dulces nombres,
tejidos por bondades
de la inocencia,
que a la hijita del alma
la niña dice
mientras el blando sueño
le arrulla y vela?

Todos hemos gozado
de esa alegría
y todos en el alma
sentimos pena
cuando, al correr el tiempo,
lloró la niña
mirando los pedazos
de la muñeca.

Por impulso curioso,
la criaturita,
del presente cansada
sintió impaciencia;
por ver lo que había dentro,
rompió el juguete,
y lloró contemplando
su ilusión muerta.

Somos eternos niños;
nunca nos basta
la dicha que el presente
da a la existencia,
Somos eternos niños;
siempre el misterio
con avidez miramos
como promesa.

Por ver qué tiene dentro
nuestra ventura
luchamos afanosos
hasta romperla,
y al encontrar la nada
lloramos tristes:
¡así lloran las niñas
por sus muñecas!

M. R. BLANCO-BELMONTE

PAÍS CASTELLANO

Tarde agosteña. Bajo la pesadumbre del bochorno las reses y las crias adurmiéndose van... Es esta tarde épica como un inmenso [horno] donde se tuesta el campo como un inmenso pan. Todo está ardiendo. Todo tiene un color [rojizo] de túbete, de hoguera, de oro y de crisol. El pecho de Castilla, descarnado y calizo, para apagar su sed, bebe rayos del sol. Piedras de los castillos, adóbes de las [casas], mármoles de los templos, cera de los tri-gales, oro de la leyenda y de la tradición, sacrosantos escombros convertidos en [brasas] para los incensarios que en nuestras catedrales ofrendan el incienso de nuestro corazón. MARCIANO ZURITA

EL BAZAR MURCIANO

Verdadera Exposición Nacional

Hay cartas, querido Blázquez, que se deben perder y las hay también que poseyendo el secreto de una fuerza misteriosa, que acaso entronca con la energía moral del que las escribe, si bien, a veces, se extravían, nunca se pierden. Su carta última ha ido rodando en pos de mí desde Madrid a Granada, desde Granada a Ciudad Real, en cuyas poblaciones he estado en viaje de carácter familiar rapidísimo, y últimamente, y picándome los talones ha tornado de nuevo hoy a esta Corte; encarándose conmigo para reiterar su ruego apremiante, pero en términos de tan afectuosa consideración que nada justificaría ni explicaría que no fuese en el acto atendido. Voy a hacerlo.

Contra lo que pudiera, por algunos, creerse, no soy un incondicional y menos un enamorado del Directorio. Tampoco un convencido. Soy, más bien, un persuadido. No le defiendo y secundo, digamos así, por lo que es, sino por lo que posiblemente vendría, si por fracaso y de un modo violento, dejara de ser. Habría que reirse entonces de las serpientes de cascabel, en comparación con los bicharracos de toda especie que irrumpirían en la política española. El Directorio ha hecho excelentes cosas, ha sido bien intencionado en muchas y por falta de buenas informaciones, ha errado en algunas. Y sinó el Directorio, los subsecretarios que a título de técnicos le preparan resoluciones de carácter administrativo.

Ahí está, por ejemplo, mi particular y distinguido amigo don Javier García de Leaniz, subsecretario de Instrucción pública y directorial ahora, después de haber sido político activísimo con Osma y con don Antonio Maura, y con don José Sánchez Guerra, y no recuerdo si, asimismo, con don Manuel Allende y con don Juan de la Cierva y Peñafiel. Pues este don Javier, que tiene gran deseo de que se vea, que si hoy es un ministro capí-diminuido, pudo serlo antes con toda la cabeza y con toda la barba, cuando no se le tenía en tanto como a otros, que llegaron a personajes en política y en realidad, de verdad, nunca alcanzaron categoría de personas, se ha sacado de su ilustre caletre, o le han metido en él la idea felicísima de una Exposición Nacional de Juguetes, que habrá de celebrarse cuándo y en las condiciones que ha publicado la Gaceta. Repito que la iniciativa es venturosa; pero, siguiendo el consejo de Sagasta a aquel ex-gobernador que habiase quedado sin fajín, según rezaban los decretos publicados en el diario oficial, habrá que reirse de la Gaceta, porque, diga ésta lo que quiera, la Exposición Nacional de Juguetes se inaugurará en Murcia en primero de Septiembre, con su feria renombrada, en la casa de Ricardo Blázquez, Platería números 66 y 68. Y sin que el Estado gaste ni un solo céntimo, y sin jurado especial que los examine por el derecho y por el revés, serán exhibidos en la fecha indicada y en el susodicho BAZAR, todos los juguetes que el ingenio español y aún el ingenio universal, al servicio de una industria que en el fondo tiene finalidad tan simpática, haya discurrido para re-

crear al niño, *res sacra puer*, que dijo el poeta, pues no las gasta de otro modo Ricardo Blázquez.

Si mi amigo Leaniz supiera esto, se habría limitado a anunciar desde la Gaceta como lo hago yo en este instante desde la oficial del Establecimiento, que el día primero de Septiembre se abrirá la verdadera exposición nacional de juguetes del maravilloso Ricardo Blázquez. Y quien quiera ver cosa buena y cosa rica que visite la expresada sorprendente e incomparable Exposición.

MIGUEL PEÑAFIEL

Madrid 16 agosto 1924.

POR DELEGACIÓN

A Blázquez

¡Ay, señor don Ricardo, qué desgracia! Don Juan, mi señorito, ese Zúñiga que hace tanta gracia... a toda su familia, está malito, y este año, el primero, de su ya larga vida de coplero, que no escribe versitos de verano para el BAZAR MURCIANO, me ha llamado con ansia desde el lecho donde se halla tendido con dolor en el pecho y en no sé qué otro punto distinguido, y me ha dicho:—Simpática Sotera, tú que eres chica lista y que en Murcia estuviste de niñera en casa de un dentista, escribe de mi parte a don Ricardo (queno es para las hembrasninguero) y dile que no olvido ni una hora, ni siquiera un momento, las cosas que a millares ate ora en su establecimiento. Si dile que no olvido las ligas que conserva (en gran sentido) para tomar café; las tazas finas (que nunca se ven rotas) para las medias claras; los espejos de goma; las pelotas para verse las caras, y, en fin, los peines de a umbrar las piezas y los enchufes para las cabezas... ¡Usted comprenderá que deliraba cuando así se expresaba!

Y dile—añadió el pobre—sobre todo, que celebre que venda de amplio modo productos de la gran *Perfumería* denominada *Gal*, como *Colonia* de la que usa tu hermana Celedonia; *Jabón* de rica esencia, como el que usa Prudencia... co a prudencia y excelente *Petróleo* para el pelo, que si hubiéralo usado Blas, tu abuelo, frondosa cabellera, brotándole en su monda e alavera, quizá le arrastraría por el suelo de su tumba se vera.

Todo esto ordena mi señor (¡el pobre!) que le escriba yo a usted y bajo un sobre se lo mande hoy a Murcia sin rodeos. Complázcole a don Juan en sus deseos, y aunque lo haga sin arte (pues no es igual aderezar lechugas que escribir verso limpio y sin arrugas), mando a usted un brazo de su parte, suplicando al Señor Omnipotente que prosiga en creciente la suerte impenible de ese Bazar y de su dueño amable. Nada más por ahora, y ordene lo que quiera, ¡oh, D. Ricardo! a su atenta y humilde servidora, la esclava de Don Juan,

SOTERA PARDO

Visto Bueno:

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Madrid y agosto de 1924

ELEGÍA CAPILAR

Carta abierta a Ricardo Blázquez

Querido y gran Ricardo: Estoy consternadísimo. No es el motivo de esta consternación mía la obligación anual que usted nos impone a los que no somos escritores públicos, de emborronar unas cuartillas para su periódico, con ser labor muy difícil. Lo que me preocupa y atormenta es pensar en la decadencia del cabello humano; en el santo horror con que las mujeres miran el pelo y en la feroz voluptuosidad con que se lo dejan cortar. Si el pelo pierde su importancia; si el poseer una cabellera abundante es de mal gusto... ¿para qué servirá el petróleo Gal? Habrá que buscarle un uso, hasta ahora ignorado. ¡Dolorosa época esta, en que el petróleo Gal pierde toda su eficacia y el agua oxigenada la gana; en que la mujer se masculiniza; en que se corta el pelo, lo más interesante de su cabeza, y en que el poco que le queda se lo tife, con un absoluto desprecio de ese pelo y de la la verdad!

¡Cómo deben sufrir los moralistas, querido Ricardo! Esas mujeres, con su encantadora melena incipiente, delicioso signo de adolescencia, que cubre de ridículo a las jamonas, cómo deben irritarlos.

Y de todo tiene la culpa el sport, que está creando un tipo de mujer completamente afemenino. ¡Esa horrible mujer con un jersey holgado, las piernas casi al aire, apenas cubiertas por una falda de campana, protegidas por rodilleras y tobilleras y embutidos los pies en unas horribles botas, feroces trituradoras del esqueleto humano. Botas, jersey, falda corta y holgada, rodilleras, tobilleras... Con las tobilleras bastaría ¿verdad, amigo dilecto?

Un filósofo dijo, supongo que humorísticamente, que la mujer es un ser de cabellos largos e ideas cortas. Lo de las ideas cortas parece exacto, pero lo de los cabellos largos... tan cortos como las ideas.

Decididamente esto se va. Las mujeres con el pelo corto y los hombres sin pelo... Pedro Jara Carrillo, Enrique Soriano y yo comentábamos el otro día esta moda que abate y suprime el cabello femenino, con verdadera indignación. Si viera usted qué tristeza nos producía este desprecio del pelo a nosotros, calvos incipientes... La injusticia nos encendía, vencida pronto por una melancolía, que tomaba tonos elegiacos. Compadézcanos usted querido Ricardo y compadézcanos a la casa Gal.

Suyo de todas veras

MARIANO RUIZ-FUNES

Regalos de boda

La cabalgata fúlgida de tus núbiles sueños
¡oh ingenua prometida palpitante!
lleva flecos de iris, y de azahar fragante,
y un lohengrinesco estol de albos cisnes
[northernos.]

Repleta tu carena de nácar, venturosa,
de flores de nairíficos vergeles,
en sus brochados cálices te guardan blondas
[mieles]
y tearoman el alma de embriaguez jubilosa.

Y entre las aureas mallas de la red en que
tus ilusas futuras fantasías, [laten]
con un vítreo esplendor, sobre sus flancos
[baten],

seductoros y múltiples, raras bisuterías
que espejearán flamantes los ángulos del ni-
y del boudoir recóndito el encanto, [do]
y serán el discreto ornamento pulido
que la dicha interior encubra como un
[manto];

los presentes que ofrecen la amistosa fineza
recuerdo de la fecha luminosa
en que a lucir feliz la vida empieza...

Por eso, cada novia, cáncida y anhelosa,
a la vez que una dulce inquietud amorosa,
lleva un BAZAR MURCIANO en su linda cabeza.

ANDRÉS SOBETANO

1924

Noche de Reyes

Lejos de mi hogar, a solas
con el doloroso aviso
de que la Muerte rondaba
la cunita de mi hijo,
paso la noche de Reyes
en horroroso martirio.
Acordes de serenatas
llegan hasta mi retiro,
tiernos cantos maternos
y cantinelas de niños.
Alborozados murmullos
en los balcones vecinos
acompañan a los nenes
que «ponen» sus zapatitos.
Clavado en mitad del pecho
llevó el puñal de un suspiro;
es un amargo sollozo
cada uno de sus latidos,
y se agotaron las lágrimas
del manantial del espíritu,
que queda como en un sueño
letárgico sumergido.
Y sueño... Los Reyes Magos
al festejar a mi niño
le encontraron en su cuna
tan dulcemente dormido,
le observaron tan gracioso,
le contemplaron tan lindo,
que en las penumbras del cuarto
creyeronle un muñequillo
digno de ser transportado
al umbral del Paraíso,
para ofrendarlo a los ángeles
que retozan en el Limbo.
Gaspar lo cogió en sus brazos
con delicado cariño,
Melchor lo envolvió en su manto
arropándole con mimo,
y Baltasar, agotada
su alforja de regalitos,
puso la perla de un beso
en el ore de sus rizos...
Después con la leve carga
prosiguieron su camino.
Dulce muñeco del alma,
ya para siempre perdido,
que volastes en la Noche
de Reyes hacia el Empíreo;
cuando a todos los hogares
llevan los monarcas bíblicos
la ofrenda de sus muñecos
me arrebataron el mío,
dejando, como su cuna,
dos corazones vacíos

MIGUEL PELAYO

A LA TORRE

(LEJOS DE ELLA)

FRAGMENTO (1)

Creyérate odalisca,
que el chal de mil colores
del Tháder a la orilla
descifnes a tus piés,
y al ir su fresco baño
buscando tus ardores,
desnudo en tus cristales
tu hermoso cuerpo ves;
si el rayo destellando
del sol del Mediodía,
y ufana con los besos
de su fecunda luz,
no hubiera, como simbolo
de fe la patria mía,
ceñidote a las sienas
la redentora Cruz.

¡Imán de mis amores!
pues mi pasión no ignoras,
permíteme en mis sueños
tu imagen contemplar;
que trovador amante
te ronde a todas horas,
y que a tus ajiméces
te mande mi cantar.

Hermosa eres, si de oro
te tife el sol poniente,
cuando la tarde espesa
sus velos de crespón,
y de tu gran campana
descienden lentamente
las tres solemnes notas
llamando a la oración.

¡Qué alegre, si tus broncees
á coro retumbando,
en gran concierto que hace
tu mole trepidar,
sus notas se atropellan
cual jubiloso bando
de innumerables palomas
dejando el palomar!

¡Qué tétrica, si en noche
de tempestad oscura,
desde tu pié se eleva
la vista con pavor,

(1) Del libro en preparación *Flores de Murcia*.

al ver desvanecidas
tus líneas en la altura,
en donde te habla el trueno
con áspero fragor!

Cuán vaga y misteriosa,
si el estrellado cielo
te sirve en la alta noche
de fondo y de dosel,
y tras de tí la luna
su nacarado velo
de tu contorno prende
que se dibuja en él!

Como rebaño dócil
bajo tu guarda santa,
la mora ciudad bella
se apiña en tu redor,
y al son del río, esclavo
que kásidas le canta,
a ensueños de venturas
se entrega sin temor...

R. SÁNCHEZ MADRIGAL

EL PALACIO IDEAL DE MURCIA

Murcia, florido vergel
del hermoso suelo hispano;
donde los niños, son flores
y las mujeres, halago
del corazón y los ojos,
por su singular encanto;
Murcia, la sultana mora
y princesa del eristiano,
tiene un Palacio Ideal
donde lo bello y lo raro,
colecciona, bondadoso,
un Genio que es soberano
de los niños y que tiene
a los padres por esclavos.

Hasta el Palacio Ideal
llegan el céfiro alado,
los aromas de la vega,
y del Segura los cantos,
y el ansia de mil deseos
que esperan verse colmados
cual las notas melodiosas
de un himno inmenso y extraño
escrite por la Esperanza
y por el hombre entonado.
El himno es invocación,
mezcla de plegaria y salmo;
vibra en su rara armonía
el alma de los humanos.

Cuantos suspiran un goce
de espiritual encanto;
los que aspiran, los que anhelan,
se encaminan al Palacio
Ideal que Murcia tiene,
seguros de ver colmados
sus deseos por el Genio
de tal mansión, soberano.

Este Palacio Ideal,
se llama «El Bazar Murciano»;
y el Genio, que atiende a todos,
es... Blázquez, el Admirado.

RODOLFO DE SALAZAR

Madrid y agosto de 1924,

El envío de Ricardo

Todos los años, por estos días, llega a mi casa un gran paquete cuidadosamente precintado sobre el que se destaca una etiqueta del «Bazar Murciano». Es el obsequio con el que Ricardo nos paga espléndidamente la colaboración en su periódico.

La llegada del paquetito produce instantáneamente una verdadera revolución entre la gente menuda; arrastran las sillas, saltan sobre la mesa, hay gritos, empujones y algún que otro puñetazo que se reparten los que quieren ganar el mejor sitio para presenciar la operación de desenvolver el envío de Blázquez. La escena es digna de una película. Nosotros quisiéramos que Ricardo presenciara este momento y veríamos dibujada en su rostro de hombre bonachón esa sonrisa de optimismo tan característica en él.

Como todos los años, ha llegado el paquete que nosotros, sintiendo cierta delectación en agudizar la impaciencia de la gente menuda, hemos ido abriendo lentamente. La aparición de cada juguete es recibida con aclamaciones jubilosas; al salir del envoltorio un enorme balón de reglamento mi hijo da un salto y a poco rompe con la cabeza la lámpara del comedor. Corren las niñas de un lado a otro mostrando las muñecas a todos los de la casa; suenan en el pasillo

los golpes secos del balón tras el que corre el perro lanzando estridentes ladridos; la casa retiembla y los vecinos deben poner el grito en el cielo creyendo inminente el derrumbamiento de la finca, y aquella algarabía se prolonga hasta que la voz de la madre se oye:

—Aún queda otra cosa—dice.

Los niños se aproximan de nuevo a la mesa y se hace un silencio sepulcral. Respiran los vecinos.

Un nuevo paquete se presenta ante nuestras miradas ansiosas. Un papel, otro papel algo engrasado, otro con grandes manchas de pringue y al final un hermosísimo chorizo riojano del que pende la consabida etiqueta azul del «Bazar Murciano».

—Una batuta—grita la pequeña.

—Un telescopio—dice su hermano.

—Es un chorizo—afirma la mayor que ya es muy entendida en materia de substancias.

El chorizo, un hermoso chorizo digno de figurar en una Feria de Muestras, queda sobre la mesa mientras por la habitación se extiende un apetitoso olorillo a pimienta. Los niños sacan la lengua y se la pasan por los labios adivinando el placer de engullirse un trozo de aquel embutido colerado y pringante. El perro les imita en el lameteo.

A la media hora de esto el cuadro de casa es aterrador; una parte del chorizo se ha repartido en trozos y los niños con la boca abierta, medio asfixiados, forman cola ante el grifo de la fuente queriendo apagar con el agua el incendio que les ha producido la pimienta; los mayores les imitamos; los muñecos quedan abandonados sobre una cama; el perro, que es el único que no ha probado el chorizo juguetea con el balón. No se oye en la casa mas que la respiración fatigosa de los enchorizados. He estado a punto de avisar a la Casa de Socorro.

Ese hermoso chorizo, paisano tuyo, querido Ricardo, me ha resuelto un grave problema. Cada vez que uno de mis chicos arma un jolgorio, grito en tono amenazador:

—Venga el chorizo de Ricardo—y como por ensalmo enmudece durante unas cuantas horas.

Y mientras tanto me estoy comiendo yo solo el riquísimo embutido. Y hay que ver lo bien que sabe cuando se le acompaña con un trago de morapio.

VERETER

Madrid, agosto 1924.

Para el simpático «Bazar»

LA OPINIÓN DE SAN PEDRO

Murieron Luis y Consuelo,
á un mismo tiempo los dos,
y llegaron ante Dios,
pidiendo entrar en el cielo.

Una vez en su presencia,
les dijo el Supremo Ser:
—«Bueno, deseo saber
si es cierta vuestra inocencia.

No están mis libros presentes
y vuestra vida no sé,
aunque estoy notando que
tenéis caras de inocentes.

¿Qué sois?

—Somos dos amantes

—exclamó Luis encogido—
que en nuestro amor hemos sido
siempre fieles y constantes;
pero aun con tanta constancia,
por el temor al pecado,
siempre nos hemos hablado
a tres pasos de distancia.

En nuestro amor no hubo excesos,
porque era un amor de hermanos,
sin apretones de manos,
sin abrazos y sin besos.

Un día, se me ocurrió
comprar á ésta, en el *Bazar
Murciano*, un lindo collar,
para ponérselo yo.

Y ante el busto soberano
de la chica, al ver su escote...
¡quedé como un *pasmarote*,
con el collar en la mano!

Habló así Luis tan formal,
que á San Pedro dijo Dios:
—¡Son dos ángeles! Los dos
á la mansión celestial.

Y porque no interceptasen
su paso, marchó ligero
San Pedro, y dijo a un portero:
—Ahí van dos tontos; que pasen.

JOSÉ RODAO.

Segovia, agosto 1924

Cuentos a la Chiquitina

La boda de Amapola

Película infantil

(Personajes: Rosina. La abuela. Ricardo Blázquez. El autor.)

ROSINA: Un cuento del Cine, abuela...
 ABUELA: ¿Cómo lo quieres? ¿De miedo? ¿De risa? ¿De hadas? ¿De caza de leones en la selva? ¿De lucha de aeroplanos...?

RNA.: Oye, de qué más hay...?
 ABLA.: Infinitos... De ladrones... De ciertos venecianos en esquifes... De enmascarados... De brujas montadas en escobas... De infantitas extraviadas en el bosque...

RNA.: Cuéntalos todos, abuela; yo los quisiera todos...

ABLA.: Te dormirías, hija mía, sin poder oírlos... Elige uno de tu gusto.

RNA.: Cuenta uno de principitas que sean niñas como yo...

ABLA.: Pues oye la «Boda de la Princesa Amapola». Verás... En el palacio de la Aurora, se celebraba aquella noche, —hace muchísimos años,— la boda de la gran Princesa Amapola con el Rajah de la Estrella de Oriente. El Palacio, en medio del bosque, rodeado de árboles gigantes, estaba hecho un ascua de luces. La Capilla del Palacio, donde se celebraban los desposorios, rebrillaba de oro y de llamas. La novia, la Princesa Amapola...

RNA.: Dime, abuela, ¿las Princesas no tienen apellidos...?

ABLA.: Sí. No... Es decir, no sé... Se dice siempre «La Princesa María», la «Infanta Fernanda», la «Gran Duquesa Laura»... La del cuento se llamaba Amapola, y aquella noche estaba muy guapa... Vestida de blanco, sonrosada y rubia parecía una viñeta inglesa. Al entrar al Salón, su novio, el Rajah, poniendo los brazos en jarras le dirigió un requiebro.

RNA.: ¿Qué requiebro, abuela...?

ABLA.: Fue y le dijo: «Amapolita, eres una derrochadora... ¡Todos los días con esa cara...!» Verdad es que la novia estaba preciosísima: el finísimo velo de desposada parecía hecho con espumas del mar. Lucía collares y radeillas de clarísimas perlas. El abanico y la diadema de azahar eran de color de luna... En fin, una hermosura... Cuando entraron en la Capilla...

RNA.: Oye, abuelita... ¿La mamá de la Princesa Amapola, lloraba, como lloraste tú cuando casó la tía Mercedes...?

ABLA.: La Princesa no tenía mamá... El novio, lucía el uniforme de la Estrella de Oriente, con turbante sembrado de piedras preciosas y gran copia de estrellas de oro en las mangas y en los hombros... Pues verás cuando estaban ya arrodillados ante el Altar, rodeados de la Corte de invitados, se oyeron unos gritos desgarradores que llegaban del bosque, y se notó la ausencia de Claraluz y Mariazur.

RNA.: ¿Qué nombres tan bonitos...! ¿Y quiénes son esas...?

ABLA.: Dos infantitas, niñas como tú, hermanas de la Princesa Amapola.

RNA.: ¿Dónde estaban...? ¿Por qué gritaban...?

ABLA.: Ahora te lo diré...

RICARDO BLÁZQUEZ: (entrando con el entrecejo fruncido y cojeando ligeramente:) ¡Sr. Martí, eso es un abuso! ¡Le he pedido dos cuartillas nada más, y usted por las señas está escribiendo la segunda parte, de la Enciclopedia Espasa! ¡No hay derecho a ser tan pelma...!

EL AUTOR: (con los ojos bajos:) Perdona, don Ricardo, pero...

RICARDO BLÁZQUEZ: ¡No hay pero que valga...! ¡El BAZAR está ya encajado! ¡No cabe una línea más! ¡Corte usted ahora mismo...!

EL AUTOR: ¡Pero y mi cuento, don Ricardo...? ¿Qué dirán las lectoras? Si yo...

RICARDO BLÁZQUEZ: (levantando ambos puños, como si dirigiera «La Walkiria»:) ¡Corte usted, o corto yo...!

EL AUTOR: ¡Adios, Princesa Amapola, adios...!

TELÓN

ENRIQUE MARTÍ

EL BAZAR MURCIANO

Las décimas del Tenorio

(PARODIA MODERNISTA)

¿No es verdad, ángel de amor,
 que no hay nada más precioso
 que este Bazar delicioso,
 lo mejor de lo mejor?

(Aquí don Juan y doña Inés se sientan para cómodamente, aguantar los rípios que vengan después).

Esas muñecas gentiles
 que se exhiben sonrientes,
 de las miradas pendientes
 de cien ojos infantiles;
 esos bronces y marfiles
 que lucen en derredor,
 ese regio aparador
 que a rivales desafia,
 ¿no dicen, murciana mía,
 que no hay un BAZAR mejor?

Las porcelanas labradas
 que reparten sus destellos,
 forjando matices bellos
 tras los cristales guardadas.
 Esas lámparas doradas,
 de inimitable labor,
 con flecos cuyo fulgor
 vencen las luces del día,
 ¿no dicen, charrana mía,
 que no hay un BAZAR mejor?

Los juguetes variados
 en vitrinas espereados,
 por un buen gusto escogidos
 y habilmente presentados,
 esos tesoros ansiados
 por el infantil candor,
 los que al niño soñador
 dan placeres y alegría,
 ¿no dicen, gachona mía,
 que no hay un BAZAR mejor?

Esas joyas primorosas
 que se ofrecen a millares
 para adornar los hogares
 de parejas amorosas,
 que son prendas deliciosas
 de inestimable valor,
 incentivos del amor
 que aumenta la fantasía,
 ¿no dicen, chiquilla mía,
 que no hay un BAZAR mejor?

Oh sí, todo lo que ves,
 todo lo que aquí se mira,
 todo lo que aquí se admira,
 atrayente y bello es.
 No dudes, no temas, pues,
 a decir y a proclamar,
 en la tierra y en el mar,
 en el monte y en el llano,
 que como el BAZAR MURCIANO
 no ha existido otro «Bazar».

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR

Un trunfo de la Cencia

Señor Don Ricardo Blásques:

Hará tres meses u cuatro,
 estando de merendola,
 en er ventorro der Zapó,
 yo, mi primo er Chirivía,
 er Ceporro, y Pepe el Largo,
 se platicó d'un invento
 que estaba ya juncionando
 por toas las partes der mundo;
 y es una cajiquia e palo
 que tié drento unos resortes
 con alambres arrollaos,
 y por juera unas clavijas,
 muelles, celindros y clavos
 que s'enchufan a una estaca
 que s'empina en er terrao,
 y sirve pa oír los vases
 puercas, foxtruses y tangos
 que tocan en el Perú
 la torre Infiel u Chicago.
 (Tó lo esperfoló er Ceporro
 como si juá un Catreático).

Y como yo soy tan ese,
 quió icir tan piazó de asno
 que m'errito por las cosas
 que tocan en los treatos
 y tengo angunos zagales
 que están ahora espumando
 y les busta devertirse
 pos tó no han de ser trebajos,
 sin regomello nenguno
 merqué en Murcia un aparato
 un jueves que juí p'allá
 a vender unos marranos.

En cuanti llegué a mi casa
 llamé a Cerilo er mecánico;
 (er c'apaña los embúos
 en er ventorro d'ar lao),
 y s'emprenció er tragín
 pa la cución de istalalo,
 echar acéite a las rulas,
 poner la estaca en lo arto
 de la crús de la barraca,
 y ejalló tó preparao,
 porque dimpués de cenar
 iba a dir tó er vecindario
 p'ascuchar una aullción
 u las que jueran der caso.

Güeno: pos llega la hora,
 ví la gente, nus sentamos
 formando corro alreor
 de ande estaba el artefarto,
 y digo yo:—«Caballeros:
 vamos a ver si ascuchamos
 lo que las ondas tercianas
 del armosferio terráqueo
 esmonigan por el aire
 dende Chile hasta Espinardo».

Conque... l'apreto ar resorte
 que le llaman er velámetro...
 y nus queamos tan frescos;
 ¿no se olló ni un contrebajo!

Er Cerilo andaba mona
 sortando tuercas y ganchos;
 ereo que ni er mesmo Elisón
 l'hubiá metío a aquello mano.

Vinieron las cuchufletas:
 —Arrimalle un güen leñazo!
 —Yo purgaba er cajonciquio
 pa ver si es q'está atrancao...
 —Restregalle una «corneta»
 —Eso; a ver si toca a rancho;
 —¿Es que s'habrá queao afónico?
 —Pué ser q'esté escutipao.
 Totar que impués d'una hora
 ¿sabe osté lo c'ascuchamos?
 ¡Un rebusno como un trueno
 que hizo sartar los tablachos!
 Por cierto que la tía Gila
 que tiene un zagal sordao
 en la morisma, jué y dijo:
 —¡Si esa es la vos de mi Facó!
 ¡Probetiquío de mi arma,
 que suspiro c'ha sortao!
 Y se tiró ar ehismeciquio
 y comenzó a dalle abrazos...

**

Esta relación víe a cuento,
 apreciable tío Ricardo,
 de pedille a osté el osequio,
 ya que osté es tan campechano,
 de quearse pa vendello
 con el artillugio, a cambio
 si pué ser, d'anguna fláuta
 d'a real, u angún guitarro.
 Y er que quíu un rato de música
 pa espavorizarse ei ánimc,
 que se la toque ér soliquio,
 que es mejor y más barato.

F. FRUTOS RODRIGUEZ

LA AMARGURA DEL FRACASO

(CUENTO VULGAR Y CURSI)

**

Érase que se era
 un frasco de cristal
 que contenía un agua
 de riquísimo olor.
 Llevaba una etiqueta
 (partida bautismal)
 sobre su fragil tórax
 el frasco tentador.
 Decía: «Agua de Colonia,
 Perfumería Gal».

Era un frasco muy grande,
 tan grande que cabría
 en él cerca de un litro;
 mas de un litro tal vez...
 Aquel frasco de agua
 de colonia, tenía
 un alma; pero un alma
 tan orgullosa y fría
 que, si con su perfume
 embriagarnos podía,
 ya nos eselavizaba
 su fragante altivez.

Detrás de las paredes
 del frasco cristalino
 se ocultaba un encanto
 peligroso y sutil;
 algo como el recuerdo
 de un beso femenino;
 algo, a la vez humano,
 infernal y divino
 como el aliento cálido
 de un pecho juvenil.

Quién causó la catástrofe,
 nadie pudo saber...
 ¿Serían unas manos
 pulidas de mujer?
 ¿O las trémulas manos
 de un robusto varón?
 Lo cierto es que del frasco
 quitaron el tapón,
 quizás queriendo el alma
 fragante poseer,
 Y las manos sacrilegas
 mataron la Ilusión.

Aquel frasco de a litro,
 desesperado, espera
 morir en un solemne
 fracaso de cristal
 rompiendo contra el suelo
 su existencia grosera.
 No puede vivir bien,
 ni quiere vivir mal.
 Le han quitado su esencia
 soberbia y altanera.
 Está lleno de amarga
 agua de sal de higuera...
 Vive en una cocina,
 sobre una rinconera...

**

Ahora, a su gusto, aplíquese
 el cuento cada cual.

ENRIQUE SORIANO

Agosto 1924.

¡AMÉRICA!

La caña elástica del huiscoyol
 lanzó Cupido hacia la entraña ibérica
 y en la península de grana y sol,
 brotó el anhelo del amor a América.
 España idólatra la Cruz del Sur
 vió allá, en los Andes y arrobada, extá-
 preso el espíritu por el azur
 sintió en su pecho la pasión hierática.
 El recio espíritu del español
 y el alma azteca, de vigor plotórica,
 se fusionaron en el gran crisol
 que da las razas en la ley histórica.

Así nació la raza de América Latina
 y de la raza el bellorosal de la Argentina,
 y del rosal la rosa
 de su mujer hermosa,
 que en el vergel del mundo por su beldad
 [culmina.

Doncella americana de talle de palmera
 flexible y armoniosa como una bayadera,
 doncella americana, de la española her-
 mana,
 ante tus pies suspira de amor la tierra en-
 [tera.

Tus formas son helenas, romanas y numi-
 [dias,
 con un langor de mármol que cincelara
 Tus formas estatuarias [Fidias.

de remotecas arias
 encierran ritmadoras
 reminiscencias lidias.
 Cuando te mira España tu flamante huepil
 y los menudos caítes que tus pies atesoran
 y el bajaya que oculta tus senos de marfil,
 y ve tu risa niña, tu risa de pipil,
 los hijos de la Iberia en Teocalí te adoran.
 Sobre el latino rosál
 un irisado quetzal
 diciendo está un madrigal
 a la mujer argentina;
 murmura una sonatina
 un apuesto payador
 que está muriendo de amor
 bajo el lunar resplandor
 en la noche de la Pampa...
 El cóndor en lo alto campa
 y se le distingue adur
 bajo la noche del Sur
 robar al manto de azur
 una estrella soberana
 para la reina pampeana.
 El argentino cantar
 enciende la sed de amar
 que sólo se ha de apagar
 en los rojos labios de Hebe
 de la argentina de nieve.
 El es el ritmo de Abril,
 el grito de un añafil
 que, desde ignoto cubil,
 dá la serpiente del Plata
 y en la Pampa se dilata...

L. GIL DE VICARIO

Primavera eterna

La recia brisa del mar,
 de varonil arrogancia,
 ¿de dónde puede tomar
 su frescura y su fragancia?

Los dulces perfumes suaves
 que en la aurora lleva el viento
 entre el cantar de las aves
 y el azul del firmamento;

el aroma embriagador
 que en cada pétalo terso
 lleva la divina flor
 por la faz del universo;

el poético jardín
 que, en sus frondas misteriosas,
 el perfume del jazmín
 une al néctar de las rosas;

el aliento seductor
 que con invisibles haces
 viene a nuestro derredor
 de los pinos montaraces;

la noche de encantos llena
 que en su obscuridad sombría
 trae auras de yerbabuena
 y ráfagas de ambrosía;

efluvios de la ribera
 que con impaciencia aguardo,
 como una dulce quimera,
 ¡suaves efluvios de nardo!

delicada emanación
 de donde toma el poeta
 su sagrada inspiración:
 ¡perfume de la violeta!

la esencia de los claveles,
 el aura de los pensiles,
 la brisa de los vergeles,
 el aire de los Abriles.....

ENVIO

A tí, reina gentil de mis amores,
 te envío esa fragancia celestial,
 que han tomado las auras y las flores
 de los perfumes de la Casa Gal.

JESÚS CARRILLO DEL VALLE.

Los-Barreros-agosto-1924.

El ejército del Bazar

Ricardo Blázquez es un perfecto militarista. Su voz conmueve a las gentes y con el misterioso influjo de sus palabras se adueña de las voluntades, llevando tras sí a todo un ejército de escritores; de escritores de su «Bazar». Como vende, se capta las adhesiones; persuasivo agradable y maquiavélico seduce al comprador, dándose tanta destreza y maña en el trato, que muy «negao» tiene que ser el que no cargue con cualquiera de los mil objetos expuestos a la venta. Puede afirmar muy ufano, como «El Pobre Valbuena» «no me ha fallado uno».

Y este ejército que él recluta con el solo banderín de enganche de su simpatía, forma su periódico anual. Y nuevos reclutas van sustituyendo a aquellos veteranos hechos al humo de las batallas de la vida y que desaparecieron pegados por el tributo de la muerte, pero sin rendir su espíritu que aún flota lozano y pujante en sus libros y en sus obras.

Pero cambian los tiempos sucediéndose los acontecimientos con vertiginosa rapidez. Lo que es hoy cosa usual y corriente, maravilla sería de los antiguos, «si éstos levantaran la cabeza». Porque ¡qué demonio! lo que ahora inventan los hombres es para trastornar a las pasadas generaciones de las galeras aceleradas y de los chocolates en los atrios de los conventos. Sin embargo; aquellas gentes de motines en las callejuelas y algaradas en la Pradera y que por un quitame allá esas pajas empuñaban la escopeta o blandían la navaja, tenían lo que parece que se va perdiendo, el espíritu, nuestro espíritu castizo y bravo que esmaltó de heroísmos las páginas de la historia.

Cambian los tiempos, pero no Ricardo Blázquez, ni su «Bazar»; su espíritu no decae, se fortalece en las luchas.

Ricardo es un caudillo capaz de crear una Legión como la de Millán Astray. Su «Bazar», el de todo el año, es el corazón de Murcia y en él rebosan muchas ironías elegantes y donosas.

Rollizos bastones de múltiples nudos alargan su cuello arqueado al transeunte queriendo colgarse a su brazo. Lámparas artísticas y potentes intentan derramar luz a borbotones en las tinieblas y tenebrosidades. Escopetas y rifles desearían evadirse de sus prisiones; uniformes de coraceros yacen ceñudos en sus cartones; muñecas de pelito rubio sonríen maliciosas. Cajas de soldados con sus vistosos uniformes disparando los unos, los otros a paso de parada; moros con sus jaiques blancos al aire jugando con la «fusila»; Colonias... ese enjambre de innumerables cosas en los estantes y anaqueleros se encuentra colocado por Ricardo Blázquez. Y todo se vende, nos dice con cara afable.

El espíritu militarista de Blázquez nos gana fatalmente y aquí estamos dispuestos a incorporarnos a su ejército a la menor indicación que nos hace su amistad y su afecto.

CÉSAR M. CALDERÓN

RIMANDO RIPIOS

Las niñas que se pierden

Con el más solemne gesto y sobre el pecho la mano yo, el infrascripto «reporter», por la presente declaro que estamos a toda orquesta, desde hace tiempo tocando el violón, inevitable, castizo, español y clásico, cuantos por deber, deporte o afición, según los casos, intervinimos en esto de las niñas y sus raptos, prodigando informaciones para guiar bien los pasos de quienes a hallar las chicas parecen más obligados.

Hasta la hora de ahora, con ser bien intencionados cuantos trabajos dedicamos a ese fin ambicionado, a nadie se le ha ocurrido dar una sola en el clavo, enderezando el esfuerzo con miras a un punto práctico...

Podemos gritar ¡eureka!, como diz que dijo el sabio y poner nave de proa con rumbo al «Bazar Murciano»; porque si se pierden niñas y ellas tienen pocos

años, como allí encuentran muñecas y neceseres y bártulos propios de la edad, es lógico que allí vayan a buscarlos. Si son muchachas mayores, también hallan adecuados juguetes que a cada gusto se adaptan pintiparados. Si mas crecidas, encuentran el BAZAR abarrotado de perfumes y de esencias y jabones de los caros, papel muy «chie» para cartas y mil objetos variados.

Las jóvenes casaderas, encuentran lo necesario en el «Bazar», porque aparte de las cosas de regalo, hasta pueden sacar novio entre los buenos muchachos que forman la dependencia y hasta entre los propios «amos», pues si bien debe exceptuarse al popular Don RICARDO, que aunque de edad ya corrida está muy bien conservado, en clase de disponible está allí PRIMO—su hermano—que se conserva soltero y es, además, muy simpático y sobre sus buenas prendas, no debe estar mal dotado.

Si las «chicas» son... pasadas, igual buscan el regazo del «Bazar», por el que pasan aunque sea a pasar el rato, y si viejas, igualmente a él acuden con el santo propósito, muy plausible, de evocar sus buenos años.

Conque si se pierden niñas, para no andar dando palos de ciego y poder hallarlas, es lo cuerdo y es lo práctico ir a preguntar por ellas, al punto, al «Bazar Murciano».

ABELARDO L. TERUEL

Alicante, agosto 1924

La muñeca sin mamá

Aquella noche de Enero nunca la podré olvidar porque dentro de mi alma dejó una herida mortal...

Era víspera de Reyes, noche de ensueño y de paz, cuando bañose mi pecho de una tristeza fatal.

Enferma estaba la nena que era mi felicidad; una muñeca más blanca que la nieve y que el azahar.

Muerta su madre, vivía en una amarga orfandad; sin el calor de esos dulces besos que las madres dan.

Sin otro halago que el mío ni otro cuidado leal, crecía la pobre nena que nunca dijo «mamá».

Yo enloquecí de dolor aquella noche fatal de la víspera de Reyes tan propia para gozar.

En su camita dorada, como un angelote astral reposaba la muñeca de mi ilusión y mi afán.

Traidoramente, la fiebre dió palidez a su faz, hondura a sus negros ojos y a sus labios, sequedad.

Deshecha la seda oscura de su cabello ideal, en cien rizos se esparcía sobre su frente de paz.

Casi muerta la encontré cuando regresé al hogar llevándole aquél juguete que ofrecido estaba ya.

¡Mira, nena!—Despertóse sin un aliento quizás, y abriendo sus tiernos brazos, quiso el juguete apresar

¿Es la muñeca—me dijo—que me ofreciste, papá?

¿Me la han dejado los Reyes en el balcón, al pasar?

—Sí hijita, mira, lo hermosa y lo elegante que va con un vestidito blanco como el tuyo angelical.

Cogió la gentil muñeca tristemente, sin afán y entre besos y entre abrazos dormida volvió a quedar.

Hasta que al siguiente día de aquella noche fatal, cuando llegué a su camita, de pena rompí a llorar

Que abrazada a su muñeca, mi muñequita ideal reposaba para siempre como una rosa de paz...

Aquella noche de Reyes nunca la podré olvidar porque en el fondo del alma grabado el recuerdo va, de aquella nena blanquísima de belleza virginal

que murió sola y sin besos... sin besos de su mamá.

LEOPOLDO AYUSO

Para EL BAZAR MURCIANO

CRISANTEMOS

Con todo respeto, a mi buen amigo don Ricardo Blázquez

Yo sé, que eres buena... yo sé, que eres franca... yo sé, que eres noble... yo sé, que eres santa... y, cuando tus ojos se llenan de lágrimas, no sé lo que siento, no sé qué me pasa... me entra tal congoja, que ni una palabra pronuncian mis labios viendo tu desgracia...

Yo sé que tú sabes que tu mal me mata, y que la comedia termina en un drama... que antes que tu sufras todo lo arrostrara... ¡que ya no es posible sufrir pena tanta!...

Pero, no; no pienses que las flores nazcan en los tristes huertos del jardín de mi alma...

Aquellos amores que tú despreciaras, son flores ya muertas... son flores ajadas... flores sin perfumes... muertas esperanzas... son flores que el viento su esencia llevara...

Solo está el recuerdo dentro de mi alma del amor sentido por una huertana, pasión que Dios quiere que esté dormitada...

¡Que no se despierte!... ¡que siga enterrada!... porque, si despierta y ante tu desgracia, no mi vida, que vale muy poco, por no decir nada... ¡mi honra perdería, criminal me hallaras, porque tú eres buena, porque tú eres franca... porque tú eres noble... porque tú eres guapa!...

Pero, bueno; deja... la labor me aguarda... que una vez tan solo te miró mi alma, y mas vale que me hubiera muerto, o que antes cegara... Si quieres, quererte podré, como hermana... pero, si lo aceptas, ¡oh noble zagala!, ¡tu honor ya es el mío!, ¡tu honra es de mi casa!, ¡y entonces, te juro por mi madre amada, que ese mozo no canta mas coplas... que no te atormenta, que no te maltrata, y, que esta comedia, termina en un drama!!!

CECILIO RECALDE

El «Bazar» en Alemania

Sr. D. Ricardo Blázquez.—Murcia.

Mi muy distinguido señor: Con muchas gracias recibí su memorandum del 11 de Enero y llegó también el sobre certificado trayéndome a mí y a mis estudiantes de esta facultad de letras los diez ejemplares de su BAZAR MURCIANO. Usted no se acertará a creer el contento con el que he leído y releído esas excelentísimas páginas, escritas con muy buen humor y debidas por gran parte a la pluma de ilustres poetas y periodistas. Son poesías bonitas y artículos llenos de mucha sal con los que obsequia usted a su público, sus dependientes... y a nosotros. Es una costumbre que no he conocido en mi país, tampoco en nuestros tiempos de dicha, y supongo que sea también en España su BAZAR MURCIANO una publicación única y sin igual. Le deseo a su periódico como a su Bazar muchos años, y espero poder un día (no sé cuando será) llegando a Murcia, ir a ver su establecimiento, al que «vienen ¡estupendas parroquianas!»

El jueves que viene (día 31), comenzaré a leer y traducir con mis alumnos su BAZAR, pero ya hoy quisiera acusarle re-

cibo y darle nuestras mejores gracias. No es fácil encontrar aquí buena lectura moderna de su idioma, al estudio del que se dedican ahora tantos jóvenes. Por eso celebramos muchísimo su publicación tan interesante que es de nuestro agrado y de la cual conservaremos por su curiosidad un ejemplar en nuestra biblioteca.

Créame de usted affmo. s. s.

q. s. m. e.

W. MULERTT

Halle 24 de Enero 1924.

CARTA DE LUTO

Cartagena 20 agosto.

Sr. D. Ricardo Blázquez:
Herido mi filial pecho por dolor cruel e implacable desde que en infausto día cerró los ojos mi madre, ahora no acierta mi pluma —siempre torpe y miserable— a trazar unos renglones como los que a usted le placen para su BAZAR MURCIANO que a luz saldrá el mes entrante. Y es que cuando el corazón, de la vida por azares, es víctima, como el mío, de los sentimientos grandes, posible es la vida, el llanto, el odio irreconciliable, la amorosa compasión... todo es posible, hasta fácil, menos pensar, pues la pena que cerebro y alma invade, si algo destila son hieles tan amargas como acres. Perdone usted, caro amigo, si estas líneas desiguales no contienen otra cosa que lágrimas y pesares; los pesares y las lágrimas derramadas a raudales por quien como yo ha perdido recientemente a su madre. Y ahora de usted apenado, se despide

JULIO HERNÁNDEZ

Don Ricardo...

(Es usted el tío más gitano que se puede imaginar, y como ponga usted mano, no se sale sin comprar nadie del Bazar Murciano).

Hay un acuerdo del Directorio, (cuyo secreto pude violar), que con carácter de perentorio, un premio, en pasta, (no es ilusorio), crea para Blázquez, por su Bazar.

Bazar que al mundo tiene asombrado, por la exquisita fabricación de sus juguetes, de un resultado tan estupendo, que no han logrado romper ni a tiros, con un cañón.

Para regalos, tiene unas cosas, que quien con rumbo, quiera cumplir, sale del paso como las rosas, pues compra cosas, que son preciosas, por dos pesetas, valga el decir.

¡Qué de aparatos para alumbrado!; ¡qué filigranas en chucherías!; ¡qué de ingredientes para el tocado! y... ¡qué perfume, más delicado. hay en la tienda, todos los días!

No es, pues, señores, nada de extraño que siendo Blázquez tan veterano, (a mí me consta que no es tacaño) vea con orgullo, que año por año, es mas negocio el Bazar Murciano.

Pues no conforme con la conquista de las pesetas, fundó un periódico, que lo acredita como altruista, pues lo regala, y está a la vista, que ya no cabe precio más módico.

Yo hace tres años fui requerido, y vengo haciendo de redactor, con un orgullo jamás sentido, pues, francamente, nunca he creído, que mereciera tan alto honor.

Amigo Blázquez: sea enhorabuena por esa fama, tan mundial, que de billetes su caja llena; ¡Barriga llena no tiene penal, ¡Qué don Ricardo más colosal!

G. VICTORIA

Imprenta de EL TIEMPO